



De la intención y valor del «Guzmán de Alfarache»

Gonzalo Sobejano

Lazarillo y Guzmán

La perenne juventud del *Lazarillo* se debe a la gracia de su estilo y a la humanidad de su contenido. El *Lazarillo* es una obra agraciada y humana. Y al decir humana quiero decir que da del hombre una visión animada y verdadera. Esta humana gracia inefable del *Lazarillo* está en el modo de hacernos ver su autor las reacciones y acciones del protagonista: no radica en tales o cuales pensamientos de aquél. Sería erróneo, no obstante, considerar el *Lazarillo* como un relato desintencionado. Lo que hace y siente el travieso mozuelo se fundamenta en determinadas actitudes suyas frente a la vida, y estas actitudes quedan a veces explícitamente consignadas en el texto. En suma: el *Lazarillo*, ello salta a la vista, tiene un aspecto artístico (la narración de las adversidades de Lázaro) y un aspecto intencional que puede fácilmente abstraerse del primero (la crítica de algunos tipos y circunstancias sociales). Uno y otro aspecto se dan asimismo en el *Guzmán de Alfarache*, de Mateo Alemán, sólo

que ambos han experimentado un desarrollo cuantitativo y cualitativo muy acusado.

Veamos, como preámbulo a la comparación del elemento narrativo en una y otra obra, qué conexiones se dan entre el propósito inicialmente manifestado por su respectivo autor. Lázaro, pregonero en Toledo, escribe su caso a un señor. Desde la primera línea del prólogo hasta la última de la narración, autor y protagonista aparecen identificados, aunque pueda advertirse acá y allá que la pluma del escritor culto no ha logrado, ni tal vez querido, confundirse del todo con el humilde grafito del pregonero. Escribe éste confiando en que alguno que lea su historia «halle algo que le agrade y a los que no ahondaren tanto, los deleyte»¹. «No ay libro, por malo que sea, que no tenga alguna cosa buena». Además, «los gustos no son todos vnos». Cosa que no sea muy detestable debería comunicarse a todos siendo sin perjuicio y «pudiendo sacar della algún fructo». El autor sabe que lo que refiere es una nonada en grosero estilo, pero no le pesa que «se huelguen» con ella «todos los que en ella algún gusto hallaren», pues ahí podrán ver «que biue un hombre con tantas fortunas, peligros y aduersidades». Como el supuesto destinatario ha pedido que se le cuente el caso «muy por extenso», resuelve «no tomarle por el medio, sino del principio» con objeto de que se tenga «entera noticia» de su persona. Y, en fin, este relato *ab ovo* tiene por finalidad que «consideren los que heredaron nobles estados quán poco se les deue, pues Fortuna fue con ellos parcial, y quanto mas hizieron los que, siéndoles contraria, con fuerça y maña remando salieron a buen puerto» (69-75).

Hasta aquí lo principal del prólogo del *Lazarillo*. ¿Y *Guzmán*? El destinatario de sus memorias no es ya un individuo real o fingido, sino un ente colectivo: el lector. Y quien a éste previene no es Guzmán, que pronto tomará la palabra, sino un escritor con su nombre estampado en la portada. Lo que en el *Lazarillo* aparecía como realidad autobiográfica (aunque no lo fuese) aparece en el *Guzmán* como ficción autobiográfica. La forma primopersonal, de todos modos, la ha tomado Alemán del *Lazarillo* reconociendo en ella un elemento consustancial con el relato de las malandanzas del joven pobre². También ha recogido el tópico de Plinio: «considerando no haber libro tan malo donde no se

halle algo bueno» (I, 33)³. Pero frente a la insistencia del anónimo acerca del agrado, el deleite y el gusto, Alemán pondera el «celo de aprovechar», el «virtuoso efeto», el «bien común» (todo lo que aquél simplificaba en la vaga posibilidad de sacar algún fruto) y relega lo deleitoso al papel subsidiario de un manjar, un vino o una música llamados a producir variación, alivio y entretenimiento mientras se digiere lo sustancial. Como Lázaro de Tormes, es Guzmán un hombre «castigado del tiempo», que pasó «calamidades y pobreza», pero su historia no va enderezada a mostrar la fuerza y maña meritorias con que el héroe remó en contra de la fortuna adversa hasta llegar al buen puerto de un oficio real, sino a manifestar cómo un mozo, precipitado de sus gustos, ocioso, mal acompañado, rebelde y pertinaz en sus vicios se vio condenado a galeras, «donde queda forzado al remo» y desde donde escribe. No puede haber remeros más distintos: Lazarillo boga hasta el buen puerto del oficio real; Guzmán, bajo el corbacho del cómitre, por el mar del desengaño. En fin, comenzando su discurso, Guzmán se remonta, como Lazarillo, a dar completa noticia de sus padres y de su «confuso nacimiento».

Tras este careo de los prólogos de ambas obras, pasemos a la narración propiamente dicha, marcando los puntos en que Guzmán y su vida deben algo al precedente de Lazarillo y la suya. Éste se apellida «de Tormes» por haber nacido junto al río así llamado; aquél se titula «de Alfarache» por haber sido engendrado en la heredad sevillana de tal nombre. Los padres de uno y otro muchacho en nada se asemejan si no es en haber sido ambos ladrones, aunque de diversa catadura: Tomé González sisó harina de la molienda y fue perseguido por la justicia con este motivo; el padre de Guzmán robó a lo grande, como mercader, si bien en ello no hizo menos que sus colegas ni fue por tal causa castigado. En cuanto a las madres respectivas, tampoco hay concomitancia más que de un solo dato (ambas vivieron amancebadas), pero una proporcionada diferencia de categoría las aleja (Antona Pérez era una infeliz, la madre de Guzmán lo que hoy diríamos una mujer de bandera). De esta comparación se deduce que la índole moral de los progenitores apenas fue alterada por Mateo Alemán respecto a su modelo; pero el nivel social sí quedó levemente modificado. Guzmán tiene origen más torpe y cuna menos

baja que Lazarillo: fue engendrado en un acto de traición adúltera (Lazarillo era fruto de legítimo matrimonio), pero sus padres fueron un mercader con ínfulas y una entretenida (los de Lázaro, un molinero y una fregona). Tanto peor para Guzmán, niño de infancia regalada y no por eso mejor encauzado.

A Lazarillo le arranca del lado de su madre un ciego que promete llevarle por hijo, aunque no tardará en demostrar la falsía de su palabra. La madre deja ir al niño con alivio y esperanza. Guzmán, en cambio, que fácilmente pudiera haber socorrido a su madre en aquella Sevilla abierta a todas las posibilidades, elude esta obligación y resuelve, para salir de miseria, dejar su madre y su tierra, ansioso de «ver mundo, peregrinando por él». Grave discordancia la de esta salida al mundo de Lazarillo y de Guzmán.

Lo que viene luego es el encuentro del muchacho inexperto con el mundo, su roce con el prójimo, sus fortunas, peligros y adversidades. Ello lo diseña el autor anónimo a base del procedimiento lineal del «mozo de muchos amos», y Lazarillo sirve sucesivamente a ocho. Entre el servicio al clérigo y al escudero media un breve lapso de mendicidad mostrenca. Tras el servicio al alguacil, el joven recibe favor de amigos y señores y llega a la cumbre de toda buena fortuna al tomar posesión del oficio de pregonero. Su trayectoria le hace, pues, recorrer estos grados: guía de ciego, criado de clérigo, mendigo, criado-mendigo de escudero, criado de fraile, criado de buldero, criado de pintor de panderos, aguador al servicio de un capellán, hombre de justicia subordinado a un alguacil, y pregonero. Incluso llegado a este oficio, no logra deshacerse Lázaro de esta condición de siervo que le caracteriza, pues viene a ser manso protegido de un arcipreste.

Que Mateo Alemán adoptó del *Lazarillo* el procedimiento de «mozo de muchos amos» es obvio. El primer amo de Guzmán es un posadero, y Lázaro mismo había servido en el mesón de la Solana. Más adelante pasa el mozuelo sevillano a servir a un cocinero y, tras diversas peripecias, a un capitán, en el que veremos un trasunto del escudero hambriento de la obrita anónima. Como Lázaro, también Guzmán va mendigando solo por esos caminos de Dios, pero pronto se reúne con la cáfila de los pedigüeños asociados. Y, en fin, su servicio

al cardenal en Roma tiene ecos del Lazarillo criado del clérigo de Maqueda. El último amo de Guzmán es un embajador. Y, abandonado este servicio, ya no lo prestará más a nadie. Frente a los ocho o nueve amos de Lazarillo, Guzmán, en proceso autobiográfico mucho más dilatado, sólo nos cuenta haber tenido cinco, y obsérvese que todos aparecen en la primera parte del libro, salvo el embajador, que reaparece en la segunda.

Los servicios de Guzmán que cabe estimar más o menos lejanamente inspirados en el *Lazarillo* son, por tanto, los prestados al capitán y al cardenal. Pero, antes de señalar estas similitudes, notemos que hay un momento crucial en la obra, anterior a todo servicio, que también es eco del *Lazarillo*. Inolvidable es el instante en que el niño salmantino tiene la sensación de despertar de «la simpleza en que como niño dormido estaua» (90) al verse empujado por el ciego contra el toro de piedra. Este segundo revelador en que el chicuelo inocente se ve de súbito desvalido ante la dura malicia de la vida y reacciona de un modo precozmente viril, se da también en el *Guzmán*. Guando se encuentra éste en Gazalla, la bolsa vacía, hambriento y sin nada ni nadie, cuando ve por primera vez a la necesidad su herético rostro, cree percibir una nueva luz: «En aquel punto me pareció haber sentido una nueva luz, que como en claro espejo me representó lo pasado, presente y venidero. Hasta hoy había sido bozal. [...] Tenía mucho por desbastar y el primero golpe de azuela fué el deste trabajo» (II, 11). Lazarillo, despertado, burlará al burlador, escaramuceará en plan de astucia contra astucia. Guzmán, iluminado, aguardará un poquito aún, empleándose como chico de posada, para lanzarse en seguida al «oficio de la florida picardía» madrileña (II, 25). Y ya se las arreglará para que no vuelva a morder más en su estómago el frío gusano del hambre.

El escudero amo de Lazarillo y el capitán a quien Guzmán se ve forzado a servir en Barcelona, ofrecen más de un punto de contacto. Aunque el uno se precie de hidalgo y el otro no se envanezca de timbre alguno, los dos esconden mientras pueden la indigencia que padecen y, llegado el momento, se espontanean con su mozo. El escudero no ha hallado asiento en Toledo. A eclesiásticos no quiere servir porque son harto limitados, a caballeros de media

talla tampoco porque es gran trabajo. «Ya, quando assienta vn hombre con vn señor de titulo -prosigue- todavía passa su lazeria. ¿Pues, por ventura no ay en mí habilidad para seruir y contentar a éstos? Por Dios, si con él topasse, muy gran su priuado pienso que fuesse y que mil seruicios le hiziesse, porque yo sabria mentille tan bien como otro y agradalle a las mil marauillas...» (215). Lo que este escudero enuncia en tono de crítica indirecta, figura en las páginas de Mateo Alemán como recuerdo lleno de satírica gravedad. Cuenta Guzmán a propósito de aquel su señor: «Manifestóme su necesidad y lo que pretendiendo había gastado, el prolijo tiempo y excesivo trabajo con que lo había alcanzado rogando, pechando, adulando, sirviendo, acompañando, haciendo reverencias, postrada la cabeza por el suelo, el sombrero en la mano, el paso ligero, cursando los patios tardes y mañanas. Contóme que, saliendo de Palacio con un privado, porque se cubrió la cabeza en cuanto se entró en su coche, le quiso con los ojos quitar la vida...» (II, 150). «Líbrenos Dios, cuando se junta poder y mala voluntad. Lastimosa cosa es que quiera un ídolo de estos tales particular adoración...» (II, 151). Escudero y capitán, como hombres venidos a miseria, poco o nada tienen que llevarse a la boca y andan melancólicos y cabizbajos. La reacción de sus criados es muy parecida. Lazarillo se echa a mendigar para asistir a su señor y que ambos puedan tomar un bocado. Guzmán acude a toda clase de artimañas y llega al robo con tal de poder sacar de apuros a su capitán. Aquel, compadecido, declara que «muchas vezes, por lleuar a la posada con que él lo passasse, yo lo passaua mal» (196). Guzmán, si no la misma tierna piedad de su antecesor literario, da muestra de una comprensiva y eficiente condolencia. «V. m. se descuide -dícele al amo-: que arriscaré mi vida en su servicio, dando trazas para que, en tanto que mejor tiempo llegue, se pase lo presente con menos trabajo» (II, 152). Y, en efecto, refiere el galeote poco después: «Jamás dejó mi señor de tener gallina, pollo, capón o palomino a comida y cena, y pernil de tocino entero, cocido en vino, cada domingo». «Nunca para mí reservé cosa en los encuentros que hice; siempre le acudí con todo el pío» (II, 153). A pesar de estas semejanzas de condición en los amos y actitud en los mozos, claro queda el distinto plano en que se mueven una y otra pareja. El escudero y Lazarillo, en un plano de absoluta miseria, son el parado voluntario y el mendigo forzoso. Unos

mendrugos de pan, un poco de uña de vaca y un jarro de agua bástanles y, si cae un real por algún milagro, el banquete consiste en pan, vino y carne. Al fin, el escudero se fuga porque no puede pagar el alojamiento, y Lázaro queda así abandonado por su amo. El capitán y Guzmanillo, aunque apurados, se mueven en un plano superior de refinada picardía, pues el mozo no se rebaja a mendigar, sino que engaña, trampea y roba. La uña de vaca es aquí un pernil cocido en vino. La bolsita de terciopelo, doblada y vacía, que el escudero guarda, se ha trocado en un agnusedí de oro muy rico que el capitán cede al pícaro para que éste cometa el infame robo al platero. Innegable es, con todo, la relación de ambos episodios, incluso en su final, pues también es el amo el que aquí deja al mozo Guzmán, aunque su huida sea por recelo contra éste y no por precisión de escapar a unos acreedores. En *Lazarillo*, candidez y miseria. En *Guzmán*, malicia y apuros. Tal es el resultado de este cotejo.

Finalmente, del episodio del clérigo de Maqueda hubo de tomar Alemán algún dato para componer el suyo, relativo al tiempo que Guzmán sirvió en Roma como paje de un cardenal. No que éste y el clérigo sean semejantes en algo, como en el caso anterior; antes por el contrario, se trata de dos eclesiásticos dispares en rango, carácter y virtudes. Pero así como Lázaro apela a su ingenio para remediar el hambre a que le somete el clérigo receloso y avariento, Guzmán recurre al suyo para aplacar la gula que en él despiertan las golosinas que guarda el generoso y caritativo cardenal. La huella de una obra en la otra cuenta en este caso con una pieza demostrativa: el arca. En un arcaz viejo tiene encerrados el clérigo maquedano los panes, contados uno por uno. Y en la memoria de todos está cómo Lazarillo se hace con una llave y repela o adora los bodigos. Guzmán nos cuenta un caso similar: «Tenía monseñor un arcón grande, que usan en Italia, de pino blanco». «Este estaba en la recámara para su regalo, con muchos géneros de conservas azucaradas, digo secas» (II, 254). Y el paje, engolosinado más que hambriento, comienza a cavilar: «¡Válgame Dios! ¿Cómo le daríamos a este arcón garrote?» (II, 255). Alemán ha querido -creo yo- que su protagonista supere en ingenio al protagonista de la narración anónima, y la resonancia de ésta queda de manifiesto en la manera con que Guzmán, desdeñando el fácil recurso de la

llave, consigue echar mano al contenido del arca: «Si sabes qué es hurtar o lo has oído decir, cómo será bueno vaciarlo sin falsar llave, abrir cerradura, quitar gozne ni quebrar tabla, espera, diréte qué hacía: ... Alzaba un poquito el un canto de la tapa...», etc. (II, 255). Verdad es que Lazarillo suscita en el lector más simpatía con su angélico calderero y su paraíso panal que Guzmán con su compleja operación y sus faltriqueras atestadas de peras, ciruelas o zamboas exquisitas. Pero no podremos negarle el triunfo de su ingenio. También en este episodio Guzmán vuela por lo alto: paje de un ilustrísimo cardenal, sustrae de un pulido arcón italiano conservas succulentas mediante un procedimiento sutil. El pobre Lazarillo va a ras de tierra: mozo de un clérigo aldeano, pellizca simples bodigos de un arcaz viejo y agujereado, apelando a un recurso fácilón.

Dejando ahora estos ecos concretos, consignaré aún cómo Mateo Alemán pudo aprender en la lectura del *Lazarillo* estos elementos que aparecen en la historia de su pícaro. En primer lugar, la demostración orgullosa del ingenio al servicio de la burla o el robo: las lazarilladas se convierten en guzmanadas, y si el mozo del ciego le bebe a éste el vino por un agujero hecho en el suelo del jarro y tapado luego con cera, el paje del cardenal sacará a éste buena porción de conserva vaciando por debajo la caja que la contiene y rellenando el vacío con papel de estraza, de modo que, abierta aquélla por arriba, no se eche de ver la falta⁴. En segundo término, el afán de medrar que, más o menos templado por la paciencia, impulsa al joven desvalido: Lazarillo piensa un día qué modo de vivir podría asegurarle algún descanso y sustento y, con el favor de amigos y señores, toma oficio y estado civil. Aunque el destino de Guzmán es muy diferente, la perspectiva de «situarse» acude con frecuencia a su distraídamente. Cuando de niño va a Madrid, lo hace buscando el favor cortesano (II, 13) y si acepta luego el empleo de sollastre es porque un dispensero se lo pinta como primer peldaño de un seguro ascenso social (II, 56). Mucho más adelante, ya en la segunda parte de su historia, Guzmán confiesa a Sayavedra, yendo ambos camino de Milán, que, si robando hace fortuna, «no me contento menos que con un regimiento de mi tierra y hacienda con que pasar descansadamente, antes de seis años» (IV, 15). Otro rasgo común es el deseo de aparentar cierto señorío: Lazarillo cesa en su tarea de

aguador tan pronto como logra ponerse en hábito de hombre de bien; Guzmán se pavonea por las calles de Toledo como un galán, de punta en blanco. Finalmente, la indiferencia marital de Lázaro cuando consiente la tutela del arcipreste podría ser predecesora de la infamia a que llega Guzmán poniendo en venta los atractivos de su segunda esposa.

Mi intención se limitaba aquí a puntualizar probables reflejos del *Lazarillo* en el *Guzmán*. Las disparidades son tantas y tan evidentes que no hace falta repetirlas. Trasladémonos, pues, a considerar si, como en la parte artística narrativa, existe también en el *Guzmán* alguna proyección del aspecto crítico del *Lazarillo*.

Yo no creo se pueda dudar que las vicisitudes de Lázaro, además del valor inmanente que yace en la visión humana por ellas transmitida y en la gracia literaria con que aparecen expuestas, tienen un respaldo intencional: la crítica de determinadas gentes. Y que ello es así se percibe con nitidez en la circunstancia de que todas las figuras que desfilan por la narración componen un muestrario de vicios. El ciego es astuto y de mal corazón, se lucra a costa de la superstición popular y maltrata a su guía. En el clérigo se trasparenta a una luz crítica la avaricia, el materialismo y la impiedad de muchos de los de su clase. El mismo escudero, aunque merezca por excepción la ternura de Lazarillo, tiene el grave defecto de la presunción, y ni él ni los aristócratas a quienes supone que podría servir pueden conquistar nuestra benevolencia⁵. En cuanto a los restantes amos, apenas sirven para otra cosa que para figurar otros vicios o suscitar la crítica de ellos: la mundanidad en el fraile, la falsía en el buldero y el alguacil conchabados, la depravación en el arcipreste. Por fin, el mismo Lázaro da pruebas de crueldad con el ciego, de ambicioso egoísmo con el capellán y de absoluta insensibilidad moral en el final de su historia. Comparando todo ello con el repertorio humano del *Guzmán*, estimamos bien fundada la opinión de Enrique Moreno Báez cuando dice que «Mateo Alemán, que no hace aquí sino desarrollar sobre un fondo más extenso la misma técnica del *Lazarillo*, nos va presentando tipos representativos de las diversas clases de la sociedad..., en todos los cuales podemos ver, con excepción de

los eclesiásticos, muestra acabada de las miserias y de los vicios del estamento a que pertenecen»⁶.

Ahora bien, suele decirse que la mayor originalidad de la obra de Alemán radica en haber hecho del relato del joven pobre y desventurado, tomado del *Lazarillo* y modificado conforme al cambio de época y de supuestos espirituales, un producto mixto de narración y de sermón. ¿Es así? En el *Lazarillo* no hay, desde luego, digresiones que interrumpen por largo tiempo el hilo de la fábula. Suponer, no obstante, que Mateo Alemán sacó de la nada un nuevo tipo de novela-discurso, yuxtaponiendo a la intriga una especie de sermonario ascético, me parece exagerado. Mateo Alemán hizo fruto lo que estaba en germen, pero el germen existía: en el *Lazarillo* y en la primera continuación de éste, no por desafortunada en líneas generales acreedora al punitivo olvido en que se la ha arrinconado.

En el *Lazarillo* genuino hay ya embriones de digresión. Doy aquí únicamente, para ahorrar espacio, las primeras y las últimas palabras de cada una, rogando al lector que rellene con su memoria o con la relectura del texto el vacío que aquí suplimos con puntos suspensivos: «No nos marauillemos de un clérigo... quando a vn pobre esclauo el amor le animaba a esto» (85); «¡O Señor mio!, dixе yo entonces, ... los plazeres de esta nuestra trabajosa vida!» (148); «¡Bendito seays vos, Señor, quedé yo diziendo, ... que padescen por la negra que llaman honrra, lo que por vos no suffririan!» (181-83); «Este, dezía yo, es pobre... El Señor lo remedie, que ya con este mal han de morir» (197-99); «Canónigos y señores de la yglesia, muchos hallo... Y con estos los astutos vsan, como digo, el dia de oy, de lo que yo vsaría» (213-17); «Dixe entre mi: ¡Quantas destas deben hazer estos burladores entre la innocente gente!» (252); «Que fué vn oficio real viendo que no ay nadie que medre, sino los que le tienen» (256).

Se objetará que éstas no son digresiones que distraigan del curso de la historia referida, sino comentarios del narrador mismo o reflexiones puestas en boca de algún personaje. Y se argüirá también que tales consideraciones son casi todas de carácter crítico, no didáctico ni religioso. Pero, como veremos

después, la mayoría de las digresiones del *Guzmán*, sobre todo en su primera parte, son asimismo comentarios críticos. Y si es cierto que han experimentado un fuerte desarrollo extensivo, tampoco hay que olvidar que la narración ha cobrado un ensanchamiento proporcional.

El *Lazarillo* se editó alguna vez acompañado de la segunda parte publicada en Amberes en 1555 y fue sometido juntamente con ella al expurgo inquisitorial⁷. Esta segunda parte, vejada por el continuador Luna en 1620 y denigrada por Menéndez y Pelayo, merece ser estudiada con más atención de la que se le concedió hasta hoy. No es éste el lugar de intentarlo. Cualquiera que sea su valor y prescindiendo de si en ella se encierran o no alusiones en cifra, lo que importa ahora hacer notar es esto: que no sería tan deleznable esta continuación a los ojos de los lectores coetáneos cuando fue digna de acompañar al *Lazarillo* y verse reeditada con él; y, sobre todo, que si esta continuación comete el grave pecado de transformar la historia creíble del muchacho hambriento en una opaca e inverosímil alegoría, pasando así de un género a otro muy diverso, algún elemento del primer *Lazarillo* daría pie al continuador para proseguir la obra como lo hizo. Tal elemento no puede ser otro que la visión crítica de la sociedad a través de un personaje humilde. Y aquí, en el segundo *Lazarillo*, sí que hallamos digresiones, no en rápido boceto germinal, sino con amplitud que preludia las del *Guzmán*. Me limito a acotar las más largas, esto es, las verdaderas digresiones, repitiendo al lector el mismo ruego de antes y advirtiéndole que se encuentran otros comentarios críticos más breves, del tipo de los del *Lazarillo* auténtico, los cuales omito. Las digresiones principian y concluyen con estos términos⁸: «¡Oh capitanes, dije yo entre mí, ... porque los suyos la hubiesen, y así la hubieron» (95 b); «¡Oh Alexandre! dije entre mí ... pues hasta en el hondo mar se usan las cortas mercedes de los señores» (96 b); «¡Oh desalmados pecadores, oh litigantes... y tornan al revés las palabras de los justos» (103b-104a); «... teniendo siempre ante mis ojos lo poco que privan ni valen con señores los que dicen las verdades... sólo el bestial apetito del hombre no se contenta ni harta, mayormente si está acompañado de codicia» (105 a-b)⁹.

Aun cuando se negara a este segundo *Lazarillo* todo primor artístico, no se podrá desmentir lo que vino a recalcar: la aptitud del *Lazarillo* primitivo para reengendrar en la España de entonces un tipo de libro fictivo y satírico, novelesco y discursivo en su estructura. Entiéndase: en su estructura. Pues no se trata del deleitar aprovechando meramente finalista, que en realidad consistía en deleitar y superponer luego a lo deleitoso, con más o menos congruencia, una moraleja. Se trata de narrar y criticar, entretener y enseñar de un modo alternativo, yuxtaponiendo ambos ingredientes. No es sólo que lo narrativo, ameno o deleitable vaya orientado, limpio de reflexiones, hacia una lección provechosa, sino que aparece interrumpido por críticas, enseñanzas o moralidades ocasionales surgidas al calor de un celo incontenible.

Hemos apuntado breves comentarios del *Lazarillo* primero y algunas digresiones del segundo. Aquéllos dibujan una crítica del religioso desaprensivo, del vanaglorioso hidalgo, de los señores y sus privados lisonjeros, de los burladores del pueblo, de los que medran por el favoritismo, y sólo uno de ellos, el citado en segundo lugar, tiene un carácter general humano sin intención mordaz. En el *Lazarillo* metamorfoseado en atún, ciñéndonos sólo a las digresiones arriba delimitadas, hallamos que el objeto de éstas es una crítica de los militares egoístas, de los superiores avaros en mercedes y galardones, de los testigos falsos, escribanos y jueces corrompidos, de los aduladores, falsos titulados y codiciosos insaciables. Pues bien, no es difícil advertir que el *Guzmán de Alfarache*, cuya historia picaresca tiene su reconocido antecedente en el *Lazarillo*, tampoco en las llamadas digresiones hace principalmente otra cosa que desarrollar el modelo (o modelos, si es que Alemán conoció la continuación anónima). En efecto, cerca del cincuenta por ciento de las digresiones de la primera parte -por sólo limitarme a aquella que no pudo tener otro antecedente «picaresco» que el *Lazarillo*- consiste en expansiones críticas o satíricas cuyo objeto forman gran cantidad de tipos humanos y sociales. En el libro I: mercaderes rapaces, escribanos y jueces venales, hombres afeminados (cap. I); dueñas (II); regidores, proveedores, comisarios, ricachos inhumanos, panaderos, repúblicas mal gobernadas (III); villanos (V y VIII); cuadrilleros (VII). En el libro II: ricos descontentos, poseídos

de falsa vergüenza, venteros y posaderos (I); cargadores, vanagloriosos (II); usurpadores de oficios ajenos, eclesiásticos (III); justos preteridos, favorecedores injustos, confesores demasiado tolerantes, criados, ministros de justicia, sastres, boticarios, médicos (IV); jugadores, malos vasallos, ricos manirroto, amos mezquinos (V); borrachos (VII); militares, españoles (IX); privados (X). En el libro III: aduladores, ricos que explotan a los pobres (I); gentes sin conciencia, pretendientes (V); falsos mendigos y ricos avarientos (VI); jugadores (IX); fanfarrones (X).

El resto se reparte en observaciones espigadas de la experiencia (las más también de tono crítico), consejos (que siempre intentan precaver de un mal, consiguientemente criticado), enseñanzas neutras y reflexiones religiosas.

Mateo Alemán, al escribir la primera parte de su *Guzmán de Alfarache*, siguió en primer término el modelo «ficción + crítica» contenido ya en el *Lazarillo* germinalmente. A la profundización y desarrollo de esto se añadió el influjo de la literatura didáctica y ascética. Y a todo ello respondió Alemán con su instinto de equilibrada integración.

Si aceptamos el *Lazarillo* como primera etapa de un género después sumamente fecundo -y pese a lo que en contra hayan podido alegar algunos¹⁰, hemos de aceptarlo así, pues vemos claramente que Mateo Alemán arrancó de él-, no dejará de extrañar la distancia cronológica que separa la etapa primera y la segunda. Cuarenta y cinco años son muchos años. ¿Por qué esta demora? Durante esos años, sabido es de sobra, abundan las críticas contra los libros caballerescos y pastoriles, dos tipos de historia recreativa que no por ello dejan de pujar en dicho período. Los libros de caballerías son vanos y disparatados; lejos de enseñar, hinchen la imaginación de quimeras y viciosos incentivos. Los pastoriles, por su parte, resultan perniciosos a la juventud porque deleitan con afectos que, en forma suavísima y artificiosa, destilan ponzoña sensual. Pero allí estaba la *Vida de Lazarillo de Tormes*, editada al menos doce veces en aquel interregno¹¹ y expurgada por la Inquisición de un modo arbitrario, como se sabe. De este relato y de su continuación nada dicen los impugnadores de los deliquios caballerescos y bucólicos. ¿Por qué? Sin duda, en primer lugar,

porque la historia de un joven humilde en pos del bienestar no tenía nada de disparatado ni morboso. Era una historia veraz, concorde con la realidad cotidiana. Y lo que pudiera tener de arriesgada su crítica quedaba en cierto modo desvirtuado por el expurgo inquisitorial. En segundo lugar, un solo libro no hace género¹². Las *Dianas*, los *Amadises* se enzarzaban como las cerezas. El *Lazarillo*, con una sola continuación en estilo diverso, quedaba por el momento como un enigma. Y se mantuvo así durante decenios porque nadie, sin duda, acertaba a comprender las posibilidades contenidas en embrión dentro de aquel librito. Lo que en él era entretenimiento venía a ser para aquel público un regocijante repertorio de gustosas «simplezas»¹³. Lo que en él era crítica, o sátira, resultaba tan parvo, sobre todo después del expurgo, que apenas podía claramente descubrirse.

Mateo Alemán, familiarizado desde la niñez con el ambiente picaresco realísimo de la España filipina, reunía por esto y por su indudable conocimiento de la producción didáctica y ascética, tan abundante entonces, condiciones necesarias para captar el sentido ejemplar que en las simplezas, en las fatigas y en las insinuaciones críticas del pretérito *Lazarillo* yacía encerrado. Su tarea consistió, pues, en agrandar la historia del pícaro, dándole una finalidad educativa, y en ahondar aquellas incipientes sátiras generalizándolas a toda la sociedad contemporánea como coautora de la perdición del protagonista.

Para magnificar el curso vital del héroe, Alemán recogió sólo del *Lazarillo* sus astucias, sus trazas ingeniosas para hurtar, su indiferencia moral al término del relato. Y dejó casi todo lo que en *Lazarillo* es ingenuidad, ánimo sufrido, compasión, incluso honradez. *Lazarillo* resulta sencillo y bueno, pese a todo. Guzmán de Alfarache llega a ser, en la primera parte de su vida, por voluntad de Mateo Alemán, un joven pervertido, artero, ingrato, rebelde. No le costaría trabajo al autor esta transformación, pues a su vista estaba el pícaro real, falso mendigo, ladrón de bajos fondos, incorregible haragán. Con todas estas tachas revistió el asendereado novelador sevillano la figura central de su obra, que no es sólo la de un heredero literario de *Lazarillo*, sino la de un pícaro de carne y hueso. Por este peso de la realidad ineludible, se imponía un cambio de finalidades. El autor de *Lazarillo* habíase propuesto hacer ver cómo la maña

vence a la adversa fortuna y cómo un niño hambriento y humillado puede arribar, por obra de su paciencia habilidosa y merced al favor de los otros, a una situación material holgada, fuese ello a trueque de la dignidad moral. La finalidad perseguida por Mateo Alemán, en cambio, no es sino patentizar cómo un hijo del ocio, entregado a sus apetitos naturales, despojado de toda recta educación y espoleado por la sociedad antes que refrenado por ella, va dando traspiés por el mundo hasta venir a parar en las galeras. Lázaro nunca es ocioso ni abusa de una libertad mal encaminada. Sirviendo, sufriendo, burla burlando, llega, desde la más miserable ascendencia y a costa de la maña y el favor, a una situación pasable. Guzmán reincide continuamente en su ocio, la libertad cimarrona que siempre elige es su perdición, y al final puede decir ejemplarmente: mirad qué castigo alcanza quien, como yo, no se unce a la razón ni ejerce una profesión, ni persigue un fin determinado. Ambas obras cumplen en sólo su relato, prescindiendo ahora de la parte crítica, un fin ejemplar: el *Lazarillo* con el suspensivo cinismo de su final, el *Guzmán* a lo largo de su terrible odisea.

Ver en la primera parte del *Guzmán* una obra ascético-novelesca, primordialmente vocada a demostrar la posibilidad de salvación del hombre más pecador¹⁴, es situarse ya en el punto de vista del desenlace de la historia, no en el de su intención generatriz. Más cercana a la verdad me parece la interpretación propuesta por Maldonado, según la cual el *Guzmán de Alfarache* es una novela educativa, de carácter eminentemente pedagógico¹⁵. A mi juicio, este carácter pedagógico tiene dos facetas: 1) enseñar por su contrario la forma de bien vivir el individuo, apartándose del ocio, del vivir instintivo, la indeterminación profesional, la libertad picaresca y las malas compañías; y 2) enseñar mediante la crítica de tipos y circunstancias de la sociedad el modo de servir ésta ordenadamente al bien común. De tal doble intención pedagógica, no menos importante la una que la otra para Mateo

No creo, sin embargo, que Maldonado acierte filiendo la intención educativa del *Guzmán* dentro de la tradición emblemática y arbitrista, pues bien se ve que lo que impulsa a Alemán no es un programa hacia el futuro, sino un diorama del presente. Basta además tener en cuenta que las dos facetas educativas, la

individual y la social, estaban ya en el *Lazarillo*, si bien con carácter de irónica reticencia. Por otro lado, Alemán no precisaba recurrir a los emblemas ni a las reformaciones arbitrísticas, puesto que el panorama literario de la segunda mitad del siglo XVI hormigueaba en tratados didácticos y devocionarios ascéticos. En estos últimos podía encontrar Mateo Alemán no sólo algunas críticas de los errores del hombre y la sociedad, sino por añadidura el único sentido que tal crítica podía tener para un varón convencido de su fe o decidido por conveniencia a acatarla: el avance del alma hacia la conquista de una bienaventuranza ultraterrena.

A mi juicio, el *Guzmán* no sólo debe al *Lazarillo* particulares mociones, relativas al carácter y andanzas del pícaro, sino también el punto de arranque de lo que en su libro parece más original (y lo es por su enorme incremento cuantitativo y por su frecuente impregnación moral): la crítica de la sociedad. ¿Dónde estaba el elemento crítico y satirizador, educativo en última instancia, dentro de un libro caballeresco o pastoril, en una novela amatoria o en una colección cualquiera de patrañas? Ese elemento crítico se había refugiado en obras de orden didáctico, ascético, o en la comedia. Buscándolo en la literatura narrativa, tan difundida entre la masa que más precisaba admonición y censura, sólo cabía encontrarlo en el *Lazarillo* y su continuación, o en raros libros afines a esta última. De ahí pudo sacarlo Mateo Alemán para darle un despliegue vastísimo.

Que es la crítica social la sustancia primaria del plano discursivo del *Guzmán* (y no la tesis de la gracia y las buenas obras) se puede corroborar observando la diferencia que existe entre los fines explicitados para su primera parte y los manifestados para la segunda. Entre ambas aparece, recuérdese, un *Guzmán* apócrifo imitado de una segunda parte que Mateo Alemán tenía preparada y que hubo entonces de modificar.

Por lo demás, Quevedo, con muy buen tino, desecha de su *Buscón* la tesis moral teológica (que seguramente consideraría como un recurso de emergencia en la obra de su antecesor), pero mantiene el procedimiento satírico, que viene a ser así el auténtico denominador común (fuera de la

creación artística) de las tres obras maestras del género: *Lazarillo*, *Guzmán* y *Buscón*.

Cuestión principalísima, que aquí me he prohibido abordar, es la de si esta sátira social, tan imprescindible en la llamada «novela picaresca» como pueda serlo la forma autobiográfica y lo «agradable» de la historia del pícaro, responde a una urgente realidad exterior y en qué forma responde. Si el que critica o satiriza no es un atrabiliario o un esquizofrénico, su crítica tendrá siempre base en la realidad. No puede negarse que ésta brinda, siempre y doquiera, pábulo suficiente. Ahora bien, esa base podrá ser más o menos amplia. En mi opinión, el hombre y la sociedad entre 1554 y 1626 van suministrando fundamento cada vez más variado a la sátira¹⁶. Pero también es menester tomar en cuenta la actitud del que satiriza, que podrá ser más o menos «realista» y procederá, en todo caso, de una óptica personal. Simplificando abusivamente lo que exigiría un largo desarrollo, podríamos decir que la sátira de *Lazarillo* es de una resignación amoral, la de *Guzmán* adopta un tono de moralizadora intransigencia, la de *Pablos* practica, con alarde de virtuoso, una deformación extramoral, escéptica¹⁷.

Los dos Guzmanes

En la *Primera Parte de Guzmán de Alfarache*, publicada con este título escueto en 1599 Mateo Alemán expone, al principio, la intención por él perseguida. Habla en su prólogo «Al discreto lector» (I, 32-35) del «celo de aprovechar que tuve, haciendo virtuoso efeto», confiesa que «a solo el bien común puse la proa» y previene de que muchas cosas dejolas sin matizar «por causas que lo impidieron», otras únicamente las retocó «temeroso y encogido de cometer alguna no pensada ofensa», y a otras se arrojó sin temor por estimarlas «dignas que sin rebozo se tratasen». Todos estos recelos descubren la importancia que Alemán daba al contenido crítico de su obra¹⁸. Reconoce luego haber escogido mucho de «doctos varones y santos» y anuncia al lector que, en el discurso, podrá «moralizar» según se le ofreciere.

Provecho, efecto virtuoso, bien común, moralización son indicaciones harto generales y vagas como para que de ellas pudiésemos deducir que el libro tuviera inicialmente por objeto diafanizar la tesis tridentina del pecado y la posibilidad de salvación de todos los hombres en virtud del libre albedrío y la gracia¹⁹. En cambio, señalan perfectamente el propósito educativo, doble, según ya hemos dicho: referido al destino del individuo ocioso, reacio a una profesión adecuada, y al de todos aquellos que en la sociedad incumplen o cumplen mal sus cometidos.

En la «Declaración para el entendimiento deste libro» (I, 35-37) anticipa Alemán algunos datos correspondientes a la segunda parte de su historia, a fin de que pueda el lector comprender de antemano la primera. Lo que de aquélla anticipa es que Guzmán regresó de Italia a España, intentó profesar el estado de la religión y, por volverse a sus vicios, los abandonó. «El mismo -prosigue- escribe su vida desde las galeras, donde queda forzado al remo, por delitos que cometió, habiendo sido ladrón famosísimo». «Y no es impropiedad ni fuera de propósito, si en esta primera escribiese alguna doctrina; que antes parece muy llegado a razón darla un hombre de claro entendimiento, ayudado de letras y castigado del tiempo, aprovechándose del ocioso de la galera». Nada, pues, de conversión a la verdad divina, ni de redención del pecador, ni de buenas obras, ni de la llamada de la gracia, sino sencillamente que un hombre inteligente, instruido y escarmentado nos va a contar su vida. Y ¿para qué?

De momento, por lo que atañe a la primera parte, para que vea el lector la poca consideración de los mozos precipitados de sus falsos gustos, los malos resabios que se toman de las malas compañías y del ocio, y las calamidades a que conduce no querer dejarse gobernar de quienes desearon y pudieron dignificar al rebelde.

La intención educativa no puede traslucirse de un modo más claro. La redención del protagonista por sus propias obras y el concurso de la gracia no aparece ni aun en tímida alusión dentro de estos preámbulos en que el autor podía y debía haber sugerido siquiera al lector tan trascendental solución.

Alonso de Barros, en su encomio (II, 38-42), vuelve sobre parecidos conceptos. Guzmán es, según él, un «hijo del ocio» que desemboca en un «vergonzoso fin» y recibe un «ejemplar castigo». Afortunado podrá considerarse aquel que «ocupado justamente tuviere en su modo de vivir cierto fin y determinado». Mateo Alemán merece el título de pintor, entre otras cosas, porque da avisos necesarios «para la vida política y para la moral filosofía a que principalmente ha atendido» exponiéndonos «el conocido peligro en que están los hijos que en la primera edad se crían sin la obediencia y doctrina de sus padres», carecen de «ciencia ni oficio señalado» y se dan a la «incultivada doctrina de la escuela de la naturaleza, pues sin experimentar su talento e ingenio o sin hacer profesión» usurpan «oficios ajenos a su inclinación», resultando más ociosos al poner mano en «profesión ajena» que si no ejercitasen ninguna. Habla después Barros del «bien público» y el «común aprovechamiento», y avisa que en el libro de su amigo hallarán «los hijos las obligaciones que tienen a los padres, que con justa o legítima educación los han sacado de las tinieblas de la ignorancia».

¿Dónde se columbra aquí el sentido religioso o teológico de la obra? ¿No es este elogio de Barros la más firme prueba de que el *Guzmán de Alfarache* aparecía como una historia poético-pedagógica? Maldonado lleva en esto plena razón. Sólo que, en verdad, la obra de Alemán no es pedagógica porque lance arbitrios o explane emblemas, sino porque representa el extravío del individuo en una narración y critica el de la sociedad en detenidas expansiones satíricas. Negativa, no positivamente.

Ya hemos dicho a qué tipos humanos y sociales afecta la crítica contenida en la parte primera del *Guzmán*. Como prófugo de su hogar, vagabundo, mozo de posada, esportillero, sollastre, ladrón, galán travestido, aspirante a soldado, criado de un capitán, mendigo, paje de un cardenal y gracioso de un embajador, va Guzmán contrastando su propio descarrío con el desorden y la corrupción de la sociedad que le circunda. Sus críticas tienen casi siempre un acento grave y acerado, o bien adoptan una forma de recomendación al lector, o bosquejan tímidamente una reforma, o comunican una observación refrendada por el tesoro de la experiencia. Las moralidades de fondo

marcadamente religioso son en esta primera parte las dedicadas a exponer: el perdón que debemos a nuestros enemigos (libro I, capítulo IV); la torpeza de la venganza (*ibidem*); la misericordia de Dios (I, II, c. I); la luz de las buenas obras (II, III); algunos momentos del soliloquio de Guzmán sobre las vanidades de la honra, lleno todo de materia satírica (II, IV); las consideraciones sobre caridad, compasión y limosna (III, IV). Mas todo ello, y algunos otros pasajes más breves que podrían agregarse, aparece flanqueado de notaciones críticas, empíricas y recomendatorias.

He aquí que en 1602, en Valencia, sale a luz una *Segunda Parte de la Vida del pícaro Guzmán de Alfarache* a nombre de Mateo Luján de Sayavedra, continuación bastarda que, lógicamente, supuso para Mateo Alemán un duro golpe: no por el hecho en sí mismo, ni por la persona del autor (a quien Alemán, sin duda, había estimado), ni por el menoscabo económico que ello pudiera acarrearle, sino sobre todo porque la aparición de esta segunda parte apócrifa le forzaba a rehacer enteramente su trabajo, dado que aquella continuación no era sino un plagio de la que él, Mateo Alemán, tenía ya preparada.

¿Es verdad que Luján confeccionó su segunda parte plagiando la inédita de Mateo Alemán? El falso continuador nada dice, por supuesto, sobre este particular. Pero cuando Alemán, dos años más tarde, publica su segunda parte, se expresa en términos muy curiosos. Ya en la dedicatoria a Don Juan de Mendoza habla de la necesidad de acudir al desafío que le hizo «el que sacó la segunda parte de mi GUZMÁN DE ALFARACHE. Que, si puede decirse, fué abortar un embrión para en aquel propósito, dejándome obligado, no sólo a perder los trabajos padecidos en lo que tenía compuesto, mas a tomar otros mayores y de nuevo para satisfacer a mi promesa» (III, 44). Lo que se nos ocurre de inmediato es deducir: luego Mateo Alemán mentía cuando en la «Declaración» de su primera parte afirmaba: «Teniendo escrita esta poética historia para imprimirla en un solo volumen...» (I, 35). No, no la tenía escrita. Pero tendría proyectados algunos lances (que Guzmán regresaría a España, estudiaría para sacerdote, volvería a sus vicios, sería famosísimo ladrón y

quedaría forzado al remo en una galera) y acaso tuviese redactados, siquiera de modo provisional, algunos capítulos.

Pero prosigamos. En el prólogo al «Letor» (III, 49) hallamos interesantes noticias: «Aunque siempre temí sacar a luz aquesta segunda parte, después de algunos años acabada y vista...». El temor a no acertar tan bien como con la primera le detuvo, pero esto no nos importa. Lo importante es que «aquesta segunda parte» no puede ser, naturalmente, esta parte que ofrece ahora al lector, sino la que Luján expolió, pues de otro modo no diría que estaba «acabada y vista» (= escrita y revisada) «después de algunos años». Ahora bien, si es cierto que así era, ¿cómo se conjuga esta afirmación con la anterior de que lo que hizo el plagiario fue «abortar un embrión», llevándole a él a perder «los trabajos padecidos en lo que tenía compuesto»? ¿No tenía ya todo compuesto y dispuesto?

«Me aconteció -añade luego- lo que a los perezosos, hacer la cosa dos veces. Pues, por haber sido pródigo comunicando mis papeles y pensamientos, me los cogieron a el vuelo. De que, viéndome, si decirse puede, robado y defraudado, fué necesario volver de nuevo al trabajo, buscando caudal con que pagar la deuda, desempeñando mi palabra». Y en seguida: «Con esto me ha sido forzoso apartarme lo más que fué posible de lo que antes tenía escrito».

Loa después el sevillano las calidades intelectuales de su concurrente, pero tacha su obra de imperfecta en conjunto aunque no en las partes. Le agradece cortésmente la prueba de estimación que le ha dado al imitarle. Y prevé que para la tercera parte habrá más de un continuador. Ahora bien, amonesta a los presuntos continuadores: «no escriban sin que lean, si quieren ir llegados a el asunto, sin desencuadernar el propósito. Que haberse propuesto nuestro Guzmán, un muy buen estudiante latino, retórico y griego, que pasó con sus estudios adelante con ánimo de profesar el estado de la religión, y sacarlo de Alcalá tan distraído y mal sumulista, fué cortar el hilo a la tela de lo que con su vida en esta historia se pretende, que sólo es *descubrir como atalaya toda suerte de vicios y hacer atriaca de venenos varios, un hombre perfecto,*

castigado de trabajos y miserias, después de haber bajado a la más ínfima de todas, puesto en galera como curullero della» (III, 52-53).

Y, continuando a la caza de defectos, Alemán, en fin, imputa a Luján otros descuidos: Guzmán no pudo llamarse ladrón famosísimo por tres capas que hurtó; en historias fabulosas no han de introducirse «personas públicas y conocidas» nombrándolas por sus nombres (todo el episodio de las bodas de Valencia, en el libro de Luján, es un craso ejemplo de esta inconveniencia); Luján olvidó hacer cumplir al protagonista la venganza prometida a su pariente de Génova; y, en fin, otras muchas cosas quedan sin satisfacer, o alteradas, o reiteradas, incluso con las mismas palabras (III, 53).

Puntualicemos: 1.º) Alemán, antes de 1602, tendría terminada y revisada su segunda parte, o al menos la tendría tan avanzada que podía darla por «acabada y vista»; 2.º) Como quiera que fuese, comunicó sus papeles y pensamientos a alguien, bien al mismo Luján o a algún conocido de ambos; 3.º) Luján cogió al vuelo papeles y pensamientos de Mateo Alemán, robándole y defraudándole; 4.º) Publicado el plagio, Alemán, para cumplir la promesa hecha al lector de una segunda parte, se vio forzado a apartarse lo más posible de lo que antes tenía escrito; 5.º) Luján no acertó a comprender el propósito fundamental pretendido por Alemán: atalayar toda suerte de vicios, hacer antídoto de venenos varios, constituir un hombre perfecto luego de haberlo hundido en la más baja miseria. Si así lo hubiese comprendido, Luján no habría sacado a Guzmán tan distraído y mal sumulista²⁰; 6.º) El usurpador escribió su continuación no sólo sin haber entendido el propósito inicial de la obra, sino evidenciando dondequiera errores y descuidos.

Errores y descuidos cualquiera puede tenerlos. Alemán mismo declara que, en el curso de una historia, «se quedan arrinconados muchos pensamientos de que su propio autor aun con trabajo se acuerda el tiempo andando» (III, 54). Pero proseguir una obra ajena sin haber calado la finalidad que con ella se busca cumplir, y más habiendo robado al verdadero autor papeles y pensamientos, parece torpeza demasiada.

Suspendamos aquí este examen de la reacción de Mateo Alemán frente al atentado de su competidor, y preguntémonos de nuevo: El *Guzmán* apócrifo ¿es un plagio de la continuación inédita de Mateo Alemán? Si éste confiesa que perdió sus trabajos previos, que le robaron papeles y pensamientos y que le fue necesario apartarse de lo que antes tenía escrito, la respuesta es obvia: según Alemán, Luján le plagió la segunda parte. Pero, pues no atinó con el propósito final de la historia y se descuidó en importantes particularidades, el plagio no pudo ser ni completo ni trascendente. ¿En qué pudo consistir?

En la continuación del valenciano se nos cuenta cómo Guzmán, dejando al embajador en Roma, parte hacia Nápoles y, burlado por otros pícaros, retorna a la mendicidad. En Nápoles sirve como mayordomo a un clérigo, pero sus amoríos y sus rapiñas le llevan a la cárcel, de donde sale por indulgencia de su denunciante. Decide regresar a España y lo hace como pinche del cocinero del virrey de Nápoles. Ya en España, visita Montserrat y, mendigando, llega a Alcalá, donde sirve de criado a tres estudiantes e inicia estudios que abandona pronto para marcharse a Madrid. Aquí entra de paje al servicio de un caballero italiano, sigue entregado a paseatas y devaneos y, tras un conato meteórico de enclaustramiento, vuelve al servicio de otro caballero italiano, lo deja, se enamora de una actriz, se va con ella y otros comediantes a Valencia, donde asiste a las bodas de los reyes, hurta capas para poder obsequiar a su querida y, hecho prisionero, termina condenado a galeras en un estado de incertidumbre y desesperación.

En resumen, Luján prosigue la historia del pícaro conformándose en buena parte a las pautas del primer *Guzmán*. Éste, que había sido en la obra de Alemán un mozo de varios años (como Lazarillo) aumentado de un pícaro propiamente tal (vagabundo, esportillero, sollastre, ladrón, falso galán, mendigo diestro) continúa en la obra de Luján moviéndose en la misma esfera y es, sucesivamente, criado de un embajador, vagabundo, mayordomo de un clérigo, ladrón, recadero de la cárcel, pinche de cocina, mendigo, criado de tres estudiantes, paje de dos caballeros, comediante, ladrón, prisionero y galeote. Jamás llega este Guzmán Lujenesco al señorío ni a la riqueza, ni a los negocios en grande, como tampoco a intentar seriamente una carrera ni a

cometer hurtos brillantes que pudieran constituirle en ladrón famosísimo. Una librea de paje le es suficiente para ostentar una vanidad puramente vestuaria, trivial. Su papel en toda la obra puede resumirse en dos facetas: la de subordinado (sea a un señor, sea a una mujer) y la de ladrón (ladrón de dineros que alguien ha puesto ya en su mano o de capas al alcance de ella).

Tal había sido también el Guzmán primero: criado y ladrón, es decir, un Lazarillo pervertido y bribiático. Luján no le saca de ahí, pues las novedades que introduce en su *curriculum vitae* (preso, estudiante, comediante y galeote) o estaban anunciadas en la «Declaración» del *Guzmán* primero o podían preverse fácilmente, excepto el avatar de comediante, que parece un capricho del abogado valenciano.

No podemos en modo alguno suponer que todo cuanto en Luján se refiere al proyecto de viaje a Valencia reconozca como precedente los papeles y pensamientos de Alemán. En efecto, tras la salida de Alcalá, mediada ya la obra, Luján se diría que no sabe hacia dónde tirar y, para prolongar el relato, recurre a las soporíferas disertaciones del mozo vizcaíno, o se entretiene en preparar aquel imbécil turismo regio, haciendo que Guzmán pase precipitadamente de paje a galanteador de meretrices, de aquí a un grotesco noviciado, y que del claustro salte a la farándula y de la farándula a los celos, al robo de capas, al presidio y, en fin, a las galeras. Por el contrario, sus experiencias en Nápoles y camino de Alcalá, algún precedente habrán de tener en los papeles y pensamientos de Mateo Alemán, pues de no ser así habríamos de concluir que Luján no había plagiado más que el tipo del protagonista y su ruta de retorno. Como el propio Alemán afirma que hubo de apartarse lo más posible de la historia que tenía ya escrita, nos vemos obligados a suponer que en ésta Guzmán iba a aparecer otra vez como mozo de diversos amos, a tenor con el procedimiento inaugurado en el *Lazarillo*, y como vagabundo, mendigo y ladronzuelo, de acuerdo con la realidad del pícaro en sentido estricto. Y esto es lo que en la obra de Luján sucede.

Mi creencia es, pues, que en el desvío forzoso a que le lleva la continuación apócrifa se basa la profundización del destino último que Alemán vino a dar a la

vida de su personaje. Al publicar su segunda parte, rehecha, en 1604, el título que la anuncie será: *Segunda Parte de la Vida de Guzmán de Alfarache, Atalaya de la vida humana*. Luján había titulado la suya *Segunda Parte de la Vida del pícaro Guzmán de Alfarache*, recogiendo así el sentir general y demostrando su propia interpretación intrascendente. Alemán no quiere estampar en la portada el mal nombre, al que sin embargo se declara dolidamente resignado: «Esto propio le sucedió a este mi pobre libro, que habiéndolo intitulado *Atalaya de la vida humana*, dieron en llamarle *pícaro* y no se conoce ya por otro nombre» (III, 170). Pero él no había titulado su primera parte *Atalaya*²¹, como tampoco había prevenido al lector de que su pretensión fuese hacer un hombre perfecto²², ni nos había dicho que Guzmán hubiese descendido a la más ínfima de todas las miserias puesto como curullero en la galera donde cumplía su condena. La perspectiva del galeote que cuenta la primera parte es la de un hombre escarmentado, trabajado por el tiempo, que se duele de no haber abierto los ojos a la virtud cuando en su camino se le cruzó algún alma caritativa. La visión del galeote que refiere la segunda parte rehecha es la del penitente, la del que reconoce con angustia, pero no sin ramalazos de satánica complacencia en el mal, la abyección en que ha ido hundiéndose²³. Y de acuerdo con la altitud moral ganada tras el abrazo con Dios, Guzmán, sin dejar por ello de proseguir sus críticas educativas, incrementará ahora la consideración de fondo religioso.

Que la crítica educativa es la verdadera intención de su empresa queda nuevamente de manifiesto en estas frases de su segunda parte: «A mi costa y con trabajos propios descubro los peligros y sirtes, para que no embistas y te despedaces ni encalles adonde te falte remedio a la salida» (III, 74); «... atriaca sería mi ejemplo para la república, si se atoxigasen estos animalazos fieros» que «fingen que lloran de nuestras miserias y despedazan cruelmente nuestras carnes con tiranías, injusticias y fuerzas» (III, 75); «¡Oh si valiese algo para poder consumir otro género de fieras! Estos, que lomienhiestos y descansados andan ventoleros, desempedrando calles, trajinando el mundo, vagabundos...», etc. (*Ibid.*)²⁴.

Y en la segunda parte sigue Alemán pasando revista a los tipos humanos y sociales que pecan de injusticia o de inutilidad. En el libro I: poderosos hostiles a la virtud, juglares y chocarreros, mujeres enamoriscadas (cap. II); engañadores, viejos indecorosos, hechiceras y gitanas, presumidos sin letras (III); criados lisonjeros, hombres públicos (VI); aduladores, poderosos injustos (VII); mujeres murmuradoras, jueces que yerran en las penas (VIII). En el libro II: pobres por vicio, falsos amigos (I); profanadores de templos, acusadores falsos, malos iracundos (II); jueces venales, pleiteadores, alguaciles, corchetes, carceleros, procuradores, escribanos, licenciados, jueces ordinarios, curiosos indiscretos (III); hombres interesados, «ladrones de marca mayor», milicia, nobles metidos a pícaros (IV); fingidores de títulos que no poseen (VI); hipócritas, testigos y ministros corruptibles, ladrones de bien, corregidores venales, ricos que se prevalen de su riqueza, logrerros, deshonestos, glotonos, soberbios, murmuradores, fulleros (VII). En el libro III: mujeres avarientas y embaucadoras, necios (I); falsas doncellas, casamientos forzados (II); mohatrerros, matrimonios (III); religiosos por interés material, simoníacos, señores del censo (IV); amas y pupileros (IV); rufianes de la corte, bellas que se venden (V); simuladores (VII).

No obstante que la sátira de todas estas gentes se continúa con entera consecuencia, demostrativa de que en ella reside la intención extra-artística de la obra, en esta parte segunda arrecia notablemente el elemento de exhortación religiosa, y los temas que en ella se tratan van haciendo ver cómo la maldad del protagonista y del coro humano que puebla su alrededor no se consume en un total negativismo, sino que se orienta hacia un horizonte de esperanza. En esta parte es donde Alemán, a través de su héroe, trata con verdadera unción y perspectiva religiosa de la ceniza y polvo que somos (III, 183), de la mala inclinación (III, 250), la necesidad de que a la intención sigan las obras (III, 252), la acción de Dios alzando a los humildes y derribando a los soberbios (III, 269), el sueño de los vicios (IV, 79), la peligrosa dilatación de la vida en el error (*ibid.*), la vanidad de los intereses (IV, 103), el perdón por Dios (IV, 113), el uso recto de las riquezas (IV, 175), el perdón del mal que nos

hacen (IV, 203), los trabajos que Dios manda (IV, 12), la providencia (V, 49), las penas eternas (V, 132), la conversión a la virtud (V, 152).

Junto a las digresiones crítico-satíricas y a las de carácter religioso, hay en ambas partes de la obra de Alemán, ya lo hemos dicho, digresiones de tipo aconsejativo, observaciones empíricas, esbozos de reformas y fragmentos de orden didáctico: verdaderas «enseñanzas». Pero estas últimas son escasas y comedidas en Mateo Alemán. Así, por ej., en esta segunda parte, las hay sobre gracias y donaires (III, 87), especies de engaño (III, 113), obligaciones del marido (IV, 263), mudanzas de los bienes (V, 9), el amor (V, 51) y la fuerza de la costumbre (V, 107). Uno de los errores más torpes del continuador apócrifo consiste justamente en haber dado entrada excesiva en su obra a estas enseñanzas, que en él adquieren a veces un aire de pedantería banal. Tales son, por no hablar ya de los plomizos discursos del paje vizcaíno, los no menos intempestivos sobre: juicio civil y militar (lib. I, cap. II), glorias históricas de España (I, III), esperanza y posesión (II, VI), daños y bienes de la música (II, VII), cómo ha de ser el consejero de Estado (III, II) astrología y adivinación (III, III-IV), virtudes y hazañas de las mujeres (III, V), utilidad de las farsas (III, VIII), la risa en la comedia (*ibid.*), sindéresis (III, IX), varias especies de escribanos (III, XI).

Cuando Alemán, tras haber rememorado las principales tachas de las mujeres, menciona brevemente sus excelencias domésticas, córtase en seco diciendo: «No es aqieste lugar para tratar sus virtudes» (IV, 182), lacónica manera de condenar la importunidad de un discurso tan pedante como el pergeñado por Luján en el cap. V del lib. III en defensa de la bondad de las hembras, ilustrada ésta con ejemplos que van desde Minerva hasta la regia consorte de don Alfonso X el Sabio, para terminar con el ingenioso corolario de que «las mujeres son muy excelentes»²⁵. Y cuando afirma el Guzmán alemaniano que «necesario es y tanto suele a veces importar un buen chocarrero como el mejor consejero» (III, 86) parece estar recordando con enojo la impertinente divagación de Luján sobre los consejeros de Estado al final del cap. II del libro III de su continuación.

Concluamos que si Luján mantuvo el nivel lazarillesco-picaresco del primer *Guzmán*, sus sátiras, moralidades y enseñanzas, algunas arrancadas a Ravisio Textor, al Padre Cabrera o al interesante asceta seglar Alejo Venegas²⁶, degeneraron en la más soporosa ramplonería. Mateo Alemán no podía caer por este despeñadero: poseía un gran equilibrio intelectual y un sentido muy justo de las proporciones. Aquí no tuvo Alemán, contrastando su obra con la de su competidor, nada absolutamente de que corregirse. Pero donde sí hubo de corregirse fue en la prosecución de la vida de su protagonista: como estudiante, ladrón famosísimo y galeote forzado al remo nos le había anunciado Alemán desde las páginas preliminares de su primera parte. En la segunda auténtica, por efecto sin duda de la reelaboración a que se vio forzado por el plagio del valenciano, vemos al pícaro recorrer esta vía de perdición: alcahuete, señor fingido, estafador de diabólicas trazas, hombre rico, mohatrero, casado, viudo, estudiante de religión por mero interés material, casado en segundas nupcias, rufián de su propia mujer, explotador de mendigos y simulador, administrador rapaz amancebado con una esclava, prisionero y curullero de una galera. Y convertido.

Diríase que como del simple Lázaro salió, por emulación de sus tretas, el primer Guzmán, el segundo se alzó por encima de la sombra intrascendente que de él proyectara el falso continuador, creciendo y creciendo en corrupción moral hasta llegar a la cumbre del monte de las miserias. De allí, para respaldar y dar elevación a la finalidad crítico-educativa de la obra, era imprescindible que Guzmán, sobrecogido de vértigo ante el abismo, abriese los brazos hacia el cielo. Lo que ya no iba a ser posible era escribir una tercera parte, pues Mateo Alemán, al acoger a su héroe en el seno de la justicia y el bien, le había matado en su doble sentido de pícaro (novela) y de criticón (sátira). Sólo se critica desde abajo. Desde una cumbre, y más si ésta es la de la paz perfecta de la conciencia, sólo cabe perdonar o predicar la verdad para ejemplo de los hombres. Pero Mateo Alemán no se propuso inicialmente predicar verdades filosóficas ni religiosas. Se propuso, singularmente desde su segunda parte, atalayar el mundo, lleno de descarríos y descarriados: hacer señal con el faro de su alma desengañada a las engañadas naves.

La desdeñosa actitud con que Alemán hubo de considerar la vulgaridad de la segunda parte apócrifa queda de relieve, no ya sólo en los preámbulos de la verdadera segunda parte y en la mayor profundización psicológica y moral que dio a su protagonista en esta nueva continuación, sino además en el desprecio con que este Guzmán rehecho mira la pobretería de Sayavedra: «Quien se preciare de ladrón, procure serlo con honra, no bajamanero, hurtando de la tienda una cebolla y trompos a los muchachos» (IV, 42)²⁷. No cabe más olímpico menosprecio. Y para ilustrar su superioridad, Guzmán ejecutará el famoso robo al mercader de Milán, dejando estupefactos a Sayavedra y Aguilera, y, de rechazo, suponemos, a Luján, quien no había conseguido ver en el pícaro desenvuelto y rapiñador el ingenio satánico del estafador por todo lo alto. De allí en adelante, el nuevo Guzmán deja de ser el pícaro para convertirse en oráculo del robo y pecador recalcitrante. Y el delito que mayor escalofrío nos produce es, como Guzmán Álvarez ha señalado muy bien²⁸, la ruin venta que hace de su esposa, colocándose así allende toda debilidad sentimental y entrando de hoz y coz en la maldad absoluta. Así como Avellaneda no supo captar del *Quijote* cervantino más que puras exterioridades sin decoro ni grandeza, Luján, dejando a Guzmán de Alfarache en el estadio meramente picaresco de la Primera Parte y trivializando su figura, fracasó, como era de esperar, en su imitación. Pero este fracaso sirvió, creo yo, para hacer nacer en la mente de Mateo Alemán la maldad ejemplar del pecador e intensificar la solución religiosa de su historia. Cervantes hizo morir a Don Quijote para que nadie osara poner en él sus manos sacrílegas. Alemán inhabilitó también a Guzmán, como pícaro y como criticón, para que nadie, ni siquiera él mismo, pudiese contar de aquél más picardías ni tampoco, ya, más delitos: para que nadie pudiese hacer de él un «ladroncillo bajamanero».

Veamos, pues, en el *Guzmán*, lo que verdaderamente quiso ser en intención de su autor: una lección de crítica educativa emparejada a la deleitosa historia de un hombre que comienza siendo mozo de muchos amos, demedia en pícaro y termina en monstruo, y cuya única salida tenía que ser la redención. La tesis de la obra no es filosófica ni religiosa, sino educativa: desterrar la injusticia y la ociosidad. ¿Cómo? Mostrando el desgraciado vivir de un sujeto ocioso y

fustigando, por medio de las digresiones, en su mayor parte críticas y satíricas, los desórdenes y abusos del medio social en que aquél se mueve.

Ahora bien: una cosa es la tesis propuesta en una obra, la intención que la origina, y otra el espíritu en que se halla embebida o al que se acoge. Este espíritu es, sí, el postridentino, el ascético, si bien en algunos pasajes del libro, por ejemplo el referente a la tierra como única amiga fiel (III, 226), en el impresionante soliloquio sobre las vanidades de la honra, que concluye con la horrenda viñeta de la araña lanzándose sobre la cerviz de la serpiente (II, 54), o en las repetidas expresiones de defianza respecto de la maldad incorregible del mundo (II, 167; III, 185), me parece que el pesimismo de Alemán no es enteramente el cristiano, el que enfoca la vida como tránsito mortal y la muerte como nacimiento a verdadera vida, sino otro pesimismo más entrañado en la condición individual del glorioso prosista sevillano²⁹.

Hacia 1615 el ermitaño Juan Valladares de Valdelomar decía en el prólogo de su *Cavallero venturoso*, autobiografía anovelada: «Hallarás, pues, que no te pongo aquí ficciones del Cauallero del Febo; no sátiras y cautelas del agradable *pícaro*; no los amores de la pérfida Celestina y sus embustes...»³⁰.

*Cautelas*³¹ y *sátiras* componiendo un rico tapiz recreativo-educativo a propósito de la vida y desdichas de un hombre libre y ocioso: tal es, creo, la mejor definición del *Guzmán de Alfarache*. Ello no invalida la idea general que preside la monografía de Moreno Báez, pues la obra termina, en efecto, con la conversión incipiente del héroe y se halla, así, de acuerdo, al menos textualmente, con el espíritu tridentino. Pero conviene devolver al libro de Mateo Alemán su carnadura novelesco-satírica, ya que verlo todo él supeditado a una tesis teológica tan simple como rígida es convertirlo, a mi ver, en un tratado ascético y alejarlo del lector actual. Verlo en cambio como lo que es - una poética ficción de espléndidas virtudes narrativas y una sátira de las circunstancias de su tiempo, con propósito educativo- equivale a restituirle su significado histórico y su entidad literaria³².

Sobre el valor actual del *Guzmán de Alfarache*

Con haber sido Unamuno, según confesión propia, un «devoralibros» entre sus 16 y sus 26 años, ocurrió que llegase a sus 40 sin haber leído el *Guzmán*; laguna tanto más sorprendente en quien era ya maduro escritor, filólogo y aun rector universitario. Un día, por fin, resolvió hacerlo. Y halló que libro tan alabado no era sino una «sarta de sermones enfadosos y pedestres de la más ramplona filosofía y de la exposición más difusa y adormiladora que cabe». Lo cual dio pie al exaltado quijotista para concluir que «nuestra literatura, tomada en conjunto, es sencillamente insoportable» y nuestros clásicos «unos charlatanes que diluyen en un tonel de agua insípida una píldora de filosofía casera». El título del ensayo en que se encuentran estos juicios de Unamuno es una palabra que designaría, según él, uno de los mayores vicios del pueblo español: ¡*Ramplonería*!⁸³. No es momento ahora de poner en claro lo que haya de verdadero o de erróneo en esta acusación del violento Unamuno, quien, para mí, no entendía gran cosa de valores literarios. Lo que revela, desde luego, su actitud, antes y después de encentada la lectura del *Guzmán*, es una resuelta antipatía hacia este libro. Tal antipatía no era sólo de Unamuno: ha sido y continúa siendo una antipatía muy extendida, a la cual se debe el hecho de que el *Guzmán* haya venido a ser una de nuestras obras clásicas menos leídas y estudiadas. Las razones de este fenómeno de aversión son varias: en el orden extrínseco, la longitud del libro y el estorbo que se ve en sus digresiones; en el intrínseco, el envejecimiento irreparable de la crítica moral y social contenida en ellas, y, tal vez, el temple severo de Mateo Alemán, que tan desfavorablemente contrasta con la gracia irónica del autor del *Lazarillo*, el risueño humor de Cervantes y la sarcástica comicidad del autor del *Buscón*. Al fracaso de la obra de Alemán ante el público moderno, del siglo XVIII hasta hoy, se opone abruptamente el éxito inmenso que, como se sabe, alcanzó entre los lectores coetáneos.

Moreno Báez, en las pp. 22-31 de su estudio, ha espigado los juicios positivos de los contemporáneos del autor. Pero claro está que actualmente, por buena voluntad que en ello pongamos, nos resultará difícil, si no imposible, valorar ante todo su obra por lo que tuvo o tenga de provechosa. No podemos

hoy ver su principal valor, asimilable a nuestra mentalidad, en el hecho de que pudiese servir «a los malos de freno, a los buenos de espuelas, a los doctos de estudio, a los que no lo son de entretenimiento» y de que viniese a ser, en general, «una escuela de fina política, ética y euconómica» (III, 62), afirmaciones que corroboran el sentido educativo del libro. En su utilidad pudieron ver los graves varones de aquel tiempo el máximo valor de la obra, aunque no cabe olvidar que el éxito de venta que obtuvo en tan cortos años presupone, sin duda, la intensa propagación que lograría entre el llamado «vulgo», que, con su siempre certero instinto, gustaría más de la narración que de las expansiones meditativas.

Aunque Moreno haya procedido con admirable pulcritud al retrotraer el *Guzmán de Alfarache* a la perspectiva de su tiempo, nada se conseguirá, en favor de la actualización de la obra, con descubrirnos la tesis que la animó, sea filosófico-religiosa, como quiere el profesor de Compostela, sea crítico-educativa, como nos inclinamos a pensar nosotros. Devolviendo la obra a su época, la condenamos a que no gane vitalidad y difusión en la nuestra.

Ahora bien, el *Guzmán de Alfarache* no es obra que merezca ser ladeada como un curioso espécimen de literatura contrarreformista, sólo comprensible si nos vestimos de áridos lutos, nos calamos unas lentes de antaño y ponemos al alcance de nuestra mano las conclusiones del Concilio Trentino. El *Guzmán* encierra un valor literario perenne, clásico, y este valor le aligera de todo el peso que en sus sátiras y moralidades pudiéramos encontrar hoy enojoso. Y quien mejor reconoció este valor literario de la obra de Alemán fue precisamente un hombre del siglo XVII, un hombre que, aunque jesuita, no disimuló el placer que ella le causaba endosándosele a su provechosidad ni a su alto sentido religioso; antes bien, con certero paladar de hombre de letras, supo alabar en ella lo que tiene, en verdad, de más excelente: su equilibrio artístico, su estilo, su clasicidad. Este juez de excepción nos vale hoy. Se llama Baltasar Gracián.

Al frente de su *Agudeza y arte de ingenio* explica Gracián al lector por qué ha escogido la mayoría de los ejemplos de su preceptiva entre los escritores

españoles: «Si frecuento los españoles -dice- es porque la agudeza prevalece en ellos, así como la erudición en los franceses, la elocuencia en los italianos y la invención en los griegos» (60 a)³⁴. Pues bien, cuando hacia el final del mismo tratado entra a hablar de la agudeza compuesta en especial, empieza por la epopeya, la define y, tras referirse a Homero, los trabajos de Hércules, la *Eneida* y el *Theagenes y Cariclea* de Heliodoro, asevera: «Aunque de sujeto humilde, Mateo Alemán, o el que fue el verdadero autor de la *Atalaya de la vida humana*, fue tan superior en el artificio y estilo, que abarcó en sí la invención griega, la elocuencia italiana, la erudición francesa y la agudeza española» (259 a). A ningún autor, de los muchos que cita en su obra toda, adscribe Gracián la posesión de estas cuatro virtudes cardinales del arte literario. Sólo a Mateo Alemán. Y, aunque pudiera dejarse llevar por una afinidad de carácter con aquél, no se equivocaba el gran catador de libros y de hombres.

Dejando de lado los determinativos gentilicios, veamos esquemáticamente de qué manera participan cada una de estas virtudes en la maravillosa totalidad literaria del *Guzmán de Alfarache*.

1.º) La invención. Mateo Alemán, partiendo del *Lazarillo*, sobrepasando este punto de partida con la plasmación novelesca del pícaro de carne y hueso que tenía a la vista en la decadente sociedad de su tiempo, y, en fin, haciendo luego del pícaro un trágico pecador y un Ulises del mal, seguramente para oponerse así a la banalización del asunto llevada a cabo por el continuador apócrifo, vino a dejar realizada en su obra una auténtica epopeya de sujeto humilde. Recorrer esta inventada carrera de Guzmán de Alfarache, llena de peligros, adversidades, trabajos, vicios y caídas es algo que puede seguir constituyendo para el lector de hoy un nada mediocre pasto imaginativo. El elemento propiamente novelesco tiene en la obra de Alemán una riqueza y diversidad jamás alcanzada por otro libro del mismo género. Ya la historia de los padres del pícaro es una encantadora novelita ítalo-andaluza contada con sabrosa malicia. Los amores de Ozmín y Daraja forman una gallarda fantasía sentimental a la morisca, franjeada de jardines, torneos, suspiros y afectos, pero frenada en sentido realista por aquel final de los villanos que apalean a Ozmín y a

su noble compañero. Con vigorosa concisión está referido el «caso célebre» de Dorido y Clorinia, crueldad a la italiana, como es linda adaptación de una escabrosa historieta de Masuccio el caso de los enamorados que compitieron ante don Álvaro de Luna. Agréguese, en fin, la historia de Bonifacio y Dorotea, con su desconcertante mezcla de castidad y sensualidad, e incluso la breve novelita de la viuda vengativa; pónganse también en la cuenta las numerosas anécdotas con que Alemán salpica todo su libro, y se verá cuán rico y variopinto material de entretenimiento accesorio hay en él encerrado. Pero, sobre todo, ¿quién se negará a admirar el opulento vivero de lances y aventuras que forma la novela misma del pícaro? Con sus peregrinaciones por España e Italia y su despliegue vital desde niño prófugo hasta galeote contrito, tal novela prueba su estirpe epopéyica, dando la razón a Gracián. Pero en esto no hay que insistir, pues las peripecias de Guzmán, más variadas y no peor relatadas que las de Lazarillo y Pablos, jamás han sufrido el desvío total de los lectores.

2.º) La erudición. Poco importa si con este término se refería Gracián a la «profundidad del declarar» (258 b) o a la «universal noticia de dichos y de hechos, para ilustrar con ellos la materia de que se discurre, la doctrina que se declara» (268 b). Nosotros, puesto que no pretendemos ahora interpretar a Gracián, sino a Alemán partiendo de las sugerencias de aquél, comprenderemos bajo ella todo que en la obra del sevillano es saber, doctrina, conocimiento. Y aquí vendrán los unamunos y dirán que cómo es posible soportar esas digresiones o ramplonerías diluidas en un mar de palabras. Alguna razón llevan, en efecto: las digresiones no encierran pensamientos excitantes, paradójicos, insólitos. A veces resultan incluso tediosas, por ejemplo la digresión sobre el perdón a nuestros enemigos o sobre las contraescrituras. Por el solo camino del contenido no pensemos hallar en estas y otras digresiones aliciente acomodado a nuestro espíritu moderno. Los lugares comunes tienen, sin embargo, esta ventaja: nos desentienden de lo que dicen y nos dejan el gusto expedito para reparar en cómo están dichos³⁵. Y aquí no podremos por menos de

admirar la destreza de Mateo Alemán tanto en su método de digresionar como en el modo expresivo con que lo hace. Las digresiones de Luján, el imitador, o de un lejano epígono como Alcalá Yáñez, nos fastidian: están puestas sin gracia y expuestas sin galanura. Pero Mateo Alemán las entrevera de graciosas disculpas, de anécdotas amables, de expresiones ya dialogales (con el lector), ya monologales (Guzmán consigo mismo)³⁶. Por otra parte, su exposición ni es la dilatada, la uniforme predicación de los ascetas, ni la pedantería gruesa de los pseudoeruditos: la pluma, buida y bien templada, de Alemán inscribe esas reflexiones haciéndonos asistir con placer siempre renovado al prodigio de una lengua consciente y orgullosa de su perfección.

3°) La elocuencia. Aquí podremos agrupar todo lo que en la obra de Mateo Alemán es «elegancia del decir» (258 b). Pero no podemos menos de deplorar, llegados a este punto, el hecho de que no exista todavía un estudio competente sobre la lengua de Mateo Alemán. Se ha estudiado en este aspecto el *Lazarillo*, se ha estudiado el *Buscón*. Se ha hecho, incluso, un útil glosario del «librazo» de la *Pícara Justina*. Pero del *Guzmán*, del que dice Américo Castro que posee «un arte y un estilo prodigiosos»³⁷, cuyo lenguaje tilda Gili y Gaya de «abundante y aun excesivamente difuso»³⁸, cuyo estilo califica Ángel Valbuena de «sobrio, conciso, de períodos cortos»³⁹, ningún análisis serio se ha acometido hasta hoy. ¿No son contradictorios estos pocos juicios que, como muestra, acabamos de mencionar? Abundante y difuso. Sobrio y conciso. ¡Prodigioso! Prodigioso sí. Justamente porque el lenguaje de Alemán es abundante y sobrio, largo y conciso, culto y natural. De ahí que el mismo Gracián llame a su estilo «sazonado» (163 b), «agradable», «terso, claro, corriente, puro, igual» (172 a), «gustoso» (261 a), «natural» (283 b) y hable de sus «palabras castas y propias» (*ibid.*), notando que Alemán «a gusto de muchos y entendidos es el mejor y más clásico español» (*ibid.*)⁴⁰.

4.º) La agudeza. No es fácil llegar a dar una definición unívoca de lo que en Gracián es la agudeza, pero su esencia reside en lo sutil, fino, tajante y penetrativo del pensar y el decir. Es una demostración de ingenio. Sería

prolijo destacar aquí, con pretensiones de ser relativamente completos, cuanto en Mateo Alemán cae de esta parte de la agudeza española. Baste señalar cómo en su pensamiento y expresión hay un fondo senequista patente y recordar que, en su equilibrada epopeya, por entre la narración de los avatares del pícaro y a través del discurso satírico y moralizante se filtran las sentencias lacónicas, los refranes, los dichos ingeniosos, los apólogos y alegorías ricos en intención y significado. Para ejemplificar la agudeza de Alemán en una sola modalidad aducimos abajo algunos casos de paronomasia⁴¹. Que a la agudeza le conviene ese determinativo de «española» es indiscutible. Séneca, los cancioneros del siglo XV, el Arcipreste de Talavera, Fray Antonio de Guevara, Mateo Alemán, Quevedo, Gracián, son nombres que hablan por sí solos.

En suma, el estilo de Mateo Alemán abarca cuatro virtudes armónicamente conjugadas: inventiva, saber, elocuencia, agudeza. En inventiva y elocuencia no aventaja a Cervantes, el máximo novelador y el más vital prosista de su siglo; en saber y agudeza, sí. Alemán es, en el umbral del siglo XVII, el escritor en quien mejor conjuntadas se dan las varias posibilidades literarias de la prosa de ese siglo: hay páginas cuyas fraternas de las cervantinas⁴²; en otras está prefigurado el Quevedo asceta⁴³; otras preludian a Gracián⁴⁴. Y si todas las materias y las formas se dan en Mateo Alemán con tal integridad y en tanto equilibrio, si el prodigio de su estilo, cuyo análisis es urgente hacer, tiene la capacidad de subyugar al lector independientemente de lo que narre o amoneste, ¿seguiremos dejándonos influir de la pereza y la antipatía que dictó el juicio de Unamuno? Y ¿nos impulsará a la lectura de su obra la reconquista del punto de mira teológico o docente desde el cual la aplaudieron en su tiempo graves varones? ¿No será más justo, y más eficaz para la actualización del *Guzmán de Alfarache*, leerlo y estudiarlo con amor, como un caso milagrosamente perfecto de elegancia y de ingenio, de inteligencia y de imaginación, como un portento siempre vivo de nuestro idioma?

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

